

Hé ahí todo.

Al verle entrar, todos los auxiliares de Clemente levantaron la cabeza.

De todos los rincones del taller se elevaban exclamaciones cordiales, y se tendían amistosamente nervudas manos anchas.

Inspeccionó todos los mostradores, dando una rápida ojeada.

— ¿Luis Jacquemin no está ahí?

— No, respondió Clemente en voz baja, todavía anda desarreglado. Parece que la otra ha desaparecido. En otro tiempo se emborrachaba porque la encontraba, y ahora se emborracha porque no la ve ya.

— ¡Pobre muchacho! murmuró José.

— Creo decididamente, respondió Clemente en el mismo tono, que su cabeza se descompone. Ya no hay probidad en él. Ayer salió yo en busca suya, y ¿sabes tú en qué estado le encontré? Borracho como una uva, en una taberna fangosa, comiendo y bebiendo con un vagabundo sospechoso, un italiano, creo, M. Chinela.

— ¡Ah! exclamó José, levantando vivamente la cabeza.

— Sí, continuó Clemente, y se repartían dinero, el precio, sin duda, de alguna trastada. Tratemos todavía de salvarle, si quieres; pero mi opinión sobre él es la misma y no cambiará: creo que no conseguiremos nada de él.

— Al contrario, pensó José; comienzo á creer, yo, que se puede sacar de él un gran partido.

## XX

## H. LE GIGANT, HOMBRE DE NEGOCIOS.

H. Le Gigant, hombre de negocios. — Esta inscripción se destacaba en negro sobre la plancha pulimentada de una lámina de cobre en la puerta de un entresuelo de la calle del Faubourg Montmartre. Debajo había un botón de cristal, y, mas abajo todavía, el *Sésame, ábrete*, de estas clases de antros:

« *Volved el boton, S. V. P.* »

Si, por desgracia para vos, os hubieseis visto obligado á seguir esta advertencia, os habríais encontrado desde luego en una vasta antesala, amueblada únicamente con una banqueta de crin trenzado. En las dos extremidades de este corredor, en frente de las ventanas, había unos cuadros enrejados como jaulas, dentro de los cuales había unos rótulos impresos colgados con bramante encarnado, y que decían, á la derecha: *Caja*; á la izquierda: *Contencioso*. La muchedumbre fluía generalmente hácia este lado. Por eso, el estrecho espacio limitado por el enrejado pintado de verde estaba á la izquierda, ocupado por tres jóvenes dependientes,

cuyas plumas de acero rechinaban sin descanso desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde en el papel rayado, mientras que á la derecha no le era fácil al visitante contemplar mas que la cabeza tosca y calva de un viejo bonachon, perpétuamente adormecido sobre un grueso registro guarnecido de latón en sus ángulos.

En medio, sobre una puerta de dos hojas, campeaba una palabra con majestuosa soledad: *Dirección*.

Allí, detrás de esta puerta, estaba el centro de la tela de araña; verdadera tela de araña, en efecto, estos gabinetes de hombres de negocios, para quienes todas las presas son buenas, lo mismo el mosquito que el tábano.

Se traficaba con todo en esta oficina, así en papeletas del Monte de Piedad como en viejos cachemiras; se vendía vino de Burdeos y carbon de piedra á los hijos de familia que se hallaban en apuros; á las princesas nocturnas tronadas se les compraba á la misma tasa los diamantes y las conciencias.

Por eso la antecámara estaba llena. ¡Era menester verlo!

La puerta del santo de los santos, quiero decir, de la dirección, se abría rara vez ante los parroquianos vulgares; pero había gentes para quienes nunca estaba cerrada. Estos privilegiados pertenecían casi todos al pequeño comercio parisiense. Eran ebanistas, revendedoras de modas, alquiladores de habitaciones amuebladas, de esos mercaderes de novedades, medio comerciantes, medio usureros, que se encargan de suministrar á plazos joyas de pacotilla y chales de cachemira á la Bohemia dorada; y también algunos propietarios, que no decían su verdadero nombre, como esas gentes graves que se ponen una falsa nariz en Carnaval para frecuentar los malos lugares.

Esos no eran parroquianos, eran accionistas.

H. Le Gigant, en efecto, era en realidad el director de una sociedad de crédito, tanto mas anónima cuanto que no había pedido á nadie, segun presumo, autorización para fundarse. Los propietarios daban sus casas y palacios; los ebanistas, sus muebles; las modistas, sus tocados; los joyeros y otros mercaderes, los diamantes, los encajes, los cachemiras, los carruajes, los caballos, todos un poco sus almas.

En cuanto á Le Gigant, vigilaba todo, dirigía todo, disciplinaba todo y se cargaba con la responsabilidad eventual. Así es que este hombre se había hecho un monopolio de la industria mas vil, pero no la menos productiva.

Había centralizado el vicio, puesto el desarreglo y la orgía en acción.

Así como un hábil mercader dirige la boga y lanza al principio de cada año los artículos de su industria, Le Gigant, mediante maniobras análogas, de carruajes excéntricos, súbitamente aparecidos en el *turf* de la galantería, de escándalos hábilmente preparados, ponía á la moda las sirenas de una estación que había descubierto no sé donde, en un baile de fuera de puertas, en un lavadero ó en una cocina.

A semejanza de los directores de teatros, que en sus correrías encuentran, á fuerza de investigaciones y diligencias,

un Guillermo Tell manejando la garlopa, un Bertran manejando el arado y una Lucía mondando guisantes.

Ademas, no había riesgos que correr; Le Gigant tenía cogidos sus clientes por los dos lazos mas fuertes que pueden sojuzgar el alma: la complicidad y el interés. Retirando la mano, podía dejarlos caer en el lodo de donde los había sacado. En cuanto á la publicidad peligrosa que ellos hubieran podido hacerle en un movimiento de imprudente agradecimiento, no la temía tampoco. Mas de una noble y rica bobalicona se disputaba cada día el honor de que la pusieran en perspectiva, de lo que el verdadero autor se guardaba bien de lisonjearse.

Eran las cinco de la tarde. Las oficinas estaban cerrándose. El viejo cajero se ha quitando y plegado cuidadosamente sus mangas de lustrina, y estirando largamente sus brazos, ha reemplazado, con un sombrero de color de ala de mosca, su gorro de seda negro. Haciendo un mismo movimiento, los tres oficinistas se han levantado, deteniendo la pluma en medio de la palabra comenzada, y, cerrando precipitadamente los registros, bajan con grande estrépito los veinte escalones hasta la calle. Solo Le Gigant no se ha movido del sillón verde de la dirección: espera á alguno.

Por otra parte, no está solo. — Un hombrecillo enteco está sentado, encogido mas bien, en el rincón mas oscuro del diván.

Este está vestido con una elegancia de antiguo petimetre; llevaba pantalon claro, levita azul con botones de oro y chaleco nankin. Su cabellera, de un color rubio incalificable, gritaba á veinte pasos: — « Soy una peluca. » Una sonrisa tímida, obsequiosa y simple arruga los ángulos de sus ojos vidriados, á raíz de la cabeza, — y está mordisqueando, con aire embarazado, el puño de coral de un bastoncito de niño.

No pudiendo ya dominar su impaciencia, Le Gigant se levanta y mide á paso redoblado el pavimento de su gabinete.

— ¿La noticia que va á traernos ese bizarro coronel es pues muy importante, amigo mio? preguntó el hombrecillo con voz que parecía salir de una caja de música, segun lo endeble y flauteada que era.

Le Gigant no interrumpió su paseo.

— Ya te he repetido veinte veces que hoy es cuando se decide ó se rompe el matrimonio de Matifay.

— Justamente... insistió el otro, no veo la relacion que...

Le Gigant se detuvo de pronto, y le arrojó una mirada terrible. El hombrecito, temblando, se hizo mas chiquitito si era posible.

— No es por contradecirte, amigo; solamente por informarme.

— Toinon, dijo Le Gigant prosiguiendo su paseo de oso en jaula, tú no eres mas que un imbécil.

El doctor Toinon (porque este hombrecillo es realmente aquel antiguo conocido nuestro), no despegó sus labios y se quedó acurrucado. Pero esto no convenia á Le Gigant. Esperaba y estaba de mal humor, y este mal humor era menester que recayese sobre alguno.

— ¿Qué serias tú sin mí? Un miserable médico de aldea.

Dos mil francos de renta y algunos reumatismos atrapados corriendo los campos; es todo lo que te esperaba en tus viejos días; en lugar que ahora héte aquí doctor á la moda, afamado en el mundo, — dudoso, es verdad, — pero que no regatea nunca. Tu establecimiento de sanidad jamás está vacío. Tu recetario te da una apariencia filantrópica, en verdad enteramente conmovedora. Sin contar tus partes de lucro en nuestra casa, ganas tus treinta mil francos cada año. Te aconsejo que te quejes y que discutas mis planes.

— Pero yo no discuto, mi buen amigo, ni me quejo, al contrario; solamente, quisiera saber...

— Es decir, replicó brutalmente M. Gigant, que tú tienes miedo de perder la situación que yo te he creado, ó al menos de aventurarla siguiendo mi fortuna. ¡Vamos! No trates de mentirme, « titiritero. » Tú piensas en sacar tu castaña del fuego y venderme en caso necesario.

— ¡Oh! protestó el doctor.

— ¡Dios mio! tú eres una buena alma, ya lo sé, interrumpió Le Gigant; no sin desden, pero eres diabólicamente flojo, mi pobre Toinon. Y esto me obliga á advertirte que no se me deja así como se quiera tan fácilmente. ¡Qué diantres! todavía tengo necesidad de tí. No ha sido por tus bellos ojos por lo que te he enriquecido. — Lo que he hecho, en un golpe de mano puedo deshacerlo.

— ¿Pero eso que vas á pedirme no es peligroso, al menos? murmuró Toinon poniéndose pálido.

— ¡Hum! eso depende de la manera como giren las cosas. Espero que no, sin embargo. Pero confiesa por lo menos que lo que has ganado, lo has ganado á muy poca costa. De Matifay, tú y yo, el mas acerbillado he sido yo. Justo es pues que tú corras algun riesgo á tu vez.

Por otra parte, la partida es soberbia... Si tuviésemos buen éxito, no contaríamos por cientos de mil francos, como la otra vez, sino por millones.

— ¡Por millones! exclamó abriendo grandes ojos, ¿y en qué caja los tomaremos, Dios mio?

— Tú te olvidas de la de Matifay, respondió M. Gigant, poniéndose de horcajadas sobre una silla.

— ¡Brrr! dijo Toinon haciendo castañetear sus dedos. Eso quema; Matifay es un gazapo muy maligno, que no nos dejará á sabiendas tantear la llave de sus arcas. Buena nos la jugó la primera vez.

— Y eso es precisamente lo que no me permite darle cuartel, exclamó violentamente M. Gigant. Ese miserable no ha tenido siquiera ni la probidad del ladrón. Pero tengo hecho juramento de que ese dinero que nosotros le habíamos ayudado á conquistar y de que nos ha despojado, no le aprovechará; yo le arruinaré á su vez, aunque no debiera recibir un ochavo de sus despojos. Sí, yo me vengaré de él, aun á riesgo de mi propia pérdida. Escucha, Toinon, la partida que jugamos es peligrosa, y yo no me disimulo mas que tú su gravedad; pero, que sea ganada ó perdida, acarreará la ruina de Matifay; si, aun cuando debiera entregarle á la justicia, y yo con él.

El doctor, cuyos dientes se chocaban unos con otros, exclamó:

— Pero yo, mi buen amigo, yo que no te he hecho nada...  
— Tanto peor para ti, respondió brutalmente M. Gigant. Espero, no obstante, dijo en tono mas suave, no tener que llegar á tales extremidades. Pero te lo prevengo, es menester vencer ó morir. Deseaba decírtelo, para no oír constantemente tus eternas jermiadas y no tener cada día que vencer tus eternas vacilaciones.

Se levantó de nuevo, dió dos ó tres veces la vuelta del aposento, y, cerrando los puños :

— ¡No vendrá ese coronel! ¡oh! daría diez años de vida por que nos trajese una buena noticia.

En este momento se agitó la campanilla de la puerta de entrada.

Al ruido de la campanilla, M. Gigant brincó hácia la antecámara, y entró casi en seguida acompañado del coronel Fritz.

Entrambos estaban radiantes.

— ¡Vamos, vamos! dijo M. Gigant frotándose las manos fuertemente, todo va bien. La chiquita consiente, Matifay arrulla el amorcito, y dentro de un mes vive en familia. Ahora se trata de que nos entendamos. — ¿Teneis noticias de Liliás, coronel?

— Ninguna. Todas mis diligencias han quedado frustradas hasta el día.

— Se volverán á comenzar. Pondremos en la pista desde esta noche á toda nuestra gente. — ¡Diantre! no es menester dejar extraviada tan largo tiempo á la heredera futura de M. Matifay.

Toinon, abriendo grandes ojos, se rascaba la frente, procurando comprender.

— ¿Y qué adelantamos con eso? murmuró al fin.

— Es menester ponerte las cosas ante los ojos mas claras que el agua para que las comprendas, mi pobre amigo. Matifay se casa con la señorita Cipriana de Puysaie, ¿no es así? Pero no es un novio de su especie el que encuentra mujer á poco precio. La hace por contrato su heredera universal. — Luego, Liliás es la hermana de Cipriana y la hija de nuestro amigo Fritz. ¿Tu inteligencia se abre ahora?

— Comienzo á entrever... Te confieso, no obstante, mi buen...

— Supon que una desgracia sucede á Matifay, exclamó M. Gigant impaciente, y le sucederá, está seguro de ello, porque yo de eso me encargo; Cipriana hereda. — Y si, á su vez, Cipriana...

Esta vez el doctor comprendió enteramente, pues se estremeció de piés á cabeza.

— Es peligroso, dijo; despues quedarian todavia los condes de Puysaie.

— ¡Oh! esos están condenados. No tienen necesidad de nosotros para precipitarse á su pérdida. Tenemos contra ellos dos aliados sólidos: el vicio y el remordimiento. El remordimiento es nuestro amigo Fritz, quien se encarga de representarlo. El vicio, desde hace largo tiempo le he puesto en pugna con el conde, bajo la forma de Nini Moustache.

— Nini Moustache ha desaparecido, dijo Fritz.

— Lo sé, respondió M. Gigant, pero conozco su refugio,

yo mismo se lo he proporcionado, y tengo los medios de hacerla andar derecha. La tonta tenia escrúpulos, arrepentimientos. ¡Majaderías! Pero yo la he puesto de nuevo en frente de la tentacion y ha caído en ella. Por consejo mio ha puesto los piés en polvorosa con los cuatrocientos mil francos que queria neciamente devolver al conde.

No temais nada; sin embargo, esta suma, que pertenece de derecho á la asociacion, no permanecerá largo tiempo en sus manos, y sus proyectos de virtud se irán con ella. Solamente, es menester volver á apoderarnos de Ursula en casa de los esposos Gosse, y conducirla á algun otro retiro desconocido de su hermana. Una vez que tengamos á la chiquita completamente en nuestro poder, Nini Moustache hará todo lo que queramos para que se la vuelvan.

— Muy bien, dijo el coronel, aprobando con la cabeza. La pistola que ha de hacer volar los sesos de ese pobre Loredano, está mas que medio cargada. He visto trabajar á Nini Moustache; es muy avispada.

— Ursula, continuó M. Gigant, será arrebatada de aquí á dos dias. Todas las medidas están tomadas respecto de esto, y dentro de tres, Nini Moustache volverá á comenzar su obra de perdicion con el conde de Puysaie. Queda nuestra interesante arrepentida, la condesa de Puysaie.

— Encontradme á mi hija Liliás, y yo me encargo de ella, dijo el coronel.

— Todo va bien entonces. De aquí á dos meses, ni el conde ni la condesa nos estorbarán. Dentro de tres, el honrado baron ha concluido su tarea en este mundo, y la rubia Cipriana hereda algunos millones combinados, reuniendo los de Matifay y los de su madre. Entonces ponemos en escena á Liliás: ella reclama, ó mas bien nosotros reclamamos en su nombre la herencia que le corresponde. Gracias á nuestra prevision, las pruebas abundan, y ademas ya encontraremos de aquí allá algun medio de desembarazarnos sin ruido de Cipriana.

Esta fortuna inmensa, ¿á quién corresponderá entonces, sino á Liliás, á Fritz y á nosotros? porque el coronel sabe que no se juguetea con M. Gigant, y el amigo Gigant es muy advertido para no haber tomado sus precauciones sobre este asunto de antemano.

— No teneis necesidad de emplear amenazas, Hércules, dijo Fritz con sumision profunda. En todo este negocio yo no he sido sino vuestro agente mas ó menos hábil. Vos sois el que todo lo ha organizado, ordenado y combinado, y ademas soy demasiado agradecido para venderos nunca.

— Sí, si, refunfuñó M. Gigant; pero es igual, nada mejor que entenderse, pues al buen entendedor...

Despues de esta conclusion, los tres asociados salieron. Descendieron la escalera agarrados del brazo, hablando y riéndose juntos como buenos amigos. Se detuvieron debajo de la puerta cochera, y antes de separarse:

— ¿Con que todo queda bien concertado? preguntó M. Gigant por última vez.

Sus dos compañeros inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

— Vos, coronel, al palacio, y avisadme si ocurre algo de



El Café de los Bandidos.

nuevo. Tú, doctor, á la calle Rambuteau. Sé que el doctor Ozam está ausente por veinticuatro horas: hoy no irá á ver á la Pippione. Inventa una bola bien gorda, la primera mentira que te ocurra. Di que él te envía en su lugar, que eres el médico del barrio...

Te será tan fácil hacer pasar esta mentira, cuanto que ese viejo pillastron de Chinela está en el complot.

En cuanto á esa pobre niña Ursula, es tan inocente como un niño que acaba de nacer. Una vez instalado en casa de los Chinela (tú encuentras que el caso es grave), pides una enfermera. Es menester que esta enfermera sea Ursula, ¿ya me entiendes? Lo demas no es de tu cuenta; yo me encargo, y ahora mismo voy á ocuparme de ello.

Dichas estas palabras, M. Gigant se alejó precipitadamente. Una hora despues, se hubiese podido verlo sentado á una de las mesas de uno de esos antros ó figones de los antiguos mercados, conocido por sus parroquianos con el nombre característico de: *El-Café de los Bandidos*. De codos en la mesa vinosa, M. Gigant hablaba en voz baja con dos hombres miserablemente vestidos, que no eran otros que el señor Chinela y Luis Jacquemin.

— Ya comprendéis, dijo, muchachos, que no hay riesgos que correr, y si mucho que ganar. Protegeis la virtud y hacéis un buen negocio al mismo tiempo. La pobre ehica es mansa como un cordero, y se trata de arrancarla de las garras de esos Gosse, que la perderian sin duda un día ú otro. De parte de la familia misma, estoy encargado de hablaros para que ejecuteis esa tarea.

— Es igual, dijo Chinela, me parte el corazon el hacerle traicion, á ella que es tan buena para mi pobre Pippione.

— ¿Quién te habla de hacer traicion? dijo Jacquemin medio borracho; ¿no dice el señor al contrario que es para salvarla?

— Sin duda, replicó M. Gigant. Este mozo tiene razon, y vos os engañais, Chinela.

— Pues bien... dijo Chinela, vos lo sabeis mejor que yo... Por otra parte, este negocio es cuenta vuestra; al fin vos pagais bien, y con este dinero podré procurar algun alivio á mi pobre Pippione.

En aquel momento, con sus blusas blancas en el hombro, con sus gorras con viseras encasquetadas hasta los ojos, y dando traspies como muchachos alegres que han hecho

algunas paradas en casa de los taberneros de las cercanías, entraron en la taberna dos jornaleros.

Eran Clemente y José.

Serian entonces las siete de la noche poco mas ó menos, y hasta las diez M. de la Cruz no debía aparecer á los ojos estupefactos de Cipriana.

## XXI

AMOR... DOLOR...

(EL CUADERNO AZUL.)

— Id á buscar á vuestra madre...

Don José permanecía inmóvil á la entrada del cuarto. Yo me arrepentí de mi desconfianza. A pesar de la hora y de los medios insólitos de su aparición, me consideraba segura cerca de su corazón leal.

— Mi madre está durmiendo indudablemente, le respondí yo. Además, si todavía tenéis otras cosas que participarme, mas vale que me encuentre sola para saberlas: bastante tiene con sus angustias personales, la pobre mujer, sin que yo añada las mías. — Podéis entrar, M. de la Cruz, os escucho.

Dió dos pasos hácia adelante, — nada mas que dos pasos.

— ¡Ah! Cipriana, exclamó, ¿es cierto que habeis consentido en casaros con ese hombre?

Había un acento de dolor tan sincero en este grito, que me conmóví hasta las entrañas. Conservé no obstante bastante imperio sobre mí misma para ocultar una turbación que no debía dejar apercibir.

— Sí, don José, he consentido. He consentido, y no me arrepiento de ello. Que mi loco cerebro de jóven haya podido formar en otro tiempo otros ensueños, no lo niego; pero de esos sueños no me acuerdo ya. Vos mismo habeis hecho esfuerzos para probarme que eran irrealizables, y os lo agradezco, pues así me habeis determinado á sacrificarme por la felicidad de los míos...

— ¡Yo!... ¡Soy yo quien...! ¡Oh! ¡mirad! no os ofendais, pero me volveriais loco con tales palabras... — ¿Quereis entonces que yo os muestre mi corazón... que os revele por entero mi miseria?... Pues bien, quedad satisfecha, sabed que, á pesar de estar separado de vos por todos los convenios sociales, — pues, ¡ay de mí! esta parte de mis confidencias del otro día es por desgracia verdadera, — ¡os amo como un insensato! Sí, os amo; y sin embargo, si os viese unida con un hombre digno de vos, diria: ¡Está bien! me sonreiria con la desesperación en el corazón. ¿Quién sabe? quizás tuviera yo la fuerza de amarle á él, por haberos escogido. Pero ese Matifay... — ¡Qué! ¿no habeis leído en sus ojos todas las infamias de su alma?... Es un monstruo, os lo repito, bajo y vil como un sapo, peligroso como una víbora.

¡Ah! ¡si conociérais su vida! ¡si tuviera yo el derecho de contároslo!...

— Es vuestro deber, le respondí yo, sumamente pálida y temblorosa, so pena de pasar á mis ojos por un calumniador. Las afirmaciones nada prueban, M. de la Cruz, y en el terreno en que os colocais, se necesitan pruebas.

No respondió; pero me lanzó una mirada altiva, llena de tristeza y de reconvención.

— ¡Oh! ¡perdonadme! exclamé. ¿Qué quereis que yo haga, que diga, que piense? — Vos me afirmais que mi futuro dueño es un monstruo (no estoy ¡ay! sino muy dispuesta á creerlo), y todo el mundo que me rodea no hace mas, al contrario, que cantar sus alabanzas. ¿Es un monstruo, en fin, el hombre á quien la muerte de una hija adoptiva ha herido tan cruelmente como la de la suya propia?...

— ¿Es un monstruo, replicó friamente don José, el hombre que, despues de haber hecho pesar su propio crimen sobre la cabeza de la madre, se ha enriquecido con los despojos de la hija, abandonándola muy lejos, matándola quizás?... Porque, ante un crimen mas, nunca retrocede un Matifay.

Estad segura de ello, Cipriana, si dirijo acusaciones tan graves, es porque estoy convencido de que son fundadas. Si Matifay se acuerda de ella, no es para sentirla, os lo juro, es para estremecerse de terror. Los fantasmas que le circundan no son esas sombras clementes que vienen á veces por la noche á nuestra cabecera para recordarnos los seres queridos que hemos perdido para siempre; son espectros desesperados y feroces, imágenes que aterran con el remordimiento...

Estaba lívido y tembloroso, como si se hubiera encontrado delante de uno de esos espectros que evocaba.

— Mirad, yo, cuyas manos están puras, cuya conciencia está tranquila, tengo todavía en el oído un grito, un grito de agonía que ha debido resonar muy á menudo en los ensueños de ese hombre. También yo oí ese grito, y no lo olvidaré jamás. Y á veces me despierto sobresaltado, creyendo oírle todavía. Y sin embargo, no era yo el asesino. Si estaba allí, era para salvar al desgraciado á quien ellos asesinaban.

No lo pude hacer, por desgracia, porque era muy niño.

¡Oh! pero el niño se ha hecho hombre, y puesto que Matifay ataca hoy lo que mas quiero en el mundo, yo también seré uno de los espectros que le persigan, un espectro en carne y hueso, una encarnación viva de la venganza y de la justicia.

¿Mentía él con tal acento de sinceridad en la voz y en el gesto? Las gotas de sudor que le caian de la frente ¿eran mentirosas? Sus ojos dilatados, penetrando en el vacío como fascinados por una monstruosa vision, ¿mentían? — No; y yo recordaba las descompuestas confidencias del baron Matifay, sus paseos nocturnos á través de los salones vacíos de su hotel, sus recuerdos, como él decia, que yo habia tomado por pesares, y que, en esta hora, estaba segura de que eran remordimientos!

— ¡Os creo, don José! exclamé. ¡Os creo!

— Entonces, ayudadme pues á salvaros, Cipriana, ó mas bien, salvaos vos misma.

— Decid, aconsejadme, hablad. ¡Haré todo lo que querais!...

— Pues bien, exclamó.

Pero en seguida se detuvo, y dejando caer sus brazos en actitud de un triste abatimiento:

— Pero no, vos jamás consentireis... ¡Jamás vos podreis creerme!... — ¿Cómo podria yo, Dios mio, persuadirla de que solo esta via queda abierta á su salvacion?

¿Qué voy yo á proponerla? ¿que abandone la casa de sus padres y huya de noche con un desconocido? ¿que busque lejos de su madre una protectora mas poderosa, tan adicta ciertamente, pero cuyo nombre mismo no es permitido revelárselo? ¡Oh! Cipriana, lo que hoy pido é imploro es un prodigio de fé en mi honor y en la pureza de mi amor. Sí, es menester que dejes esta casa, y esto dentro de una hora, dentro de un instante, en seguida. Es menester consentir en dejar, ¿quién sabe? que la calumnia muerda en vuestra reputacion. Es menester sumergir á todos los vuestros en una inquietud mortal, resolveros á no volverlos á ver sino despues de trascurridos dilatados dias, cuando yo y los míos hayamos allanado los obstáculos que os separan... ¡Oh! pero lo que es menester sobre todo, lo que es preciso, es tener confianza, y creer que, en todo esto, yo no soy impelido por ningun interés personal; que desde el umbral de esta puerta me separaré de vos para no volver mas sin un llamamiento vuestro. Os amo, Cipriana, como habria amado á mi madre, á quien jamás he conocido, y que está en el cielo. Os amo, como en el naufragio ama el marino al leño á que se agarra. Sin embargo os juro, y es menester que me creais, que jamás, en interés de mi amor, os daria tal consejo. No es mi dicha lo que está aquí en juego, es vuestra salvacion, y así que yo os vea sentada en el coche que debe conducirnos hácia vuestra nueva protectora, partiré... Partiré para siempre si lo exigis.

Esta proposición tan inesperada de fuga, de raptó (pues es preciso pronunciar la palabra), habia hecho renacer todas mis desconfianzas; pero, á medida que hablaba, se volaban, ¡tan comunicativa era la franqueza de su acento! Mas al mismo tiempo, te lo juro, Ursula, mi resolución se hacia mas firme é incontrastable.

— Os creo, M. de la Cruz, le respondí cuando hubo terminado. Mi alma jamás podria concebir, ni siquiera un segundo, el temor de una traición de vuestra parte. Sin embargo, no partiré. O, al menos, rectificó vivamente (pues no sé qué rayo desesperado, cruzando su mirada, me espantó), no partiré sin que antes haya tomado consejo de la que vos mismo, al principio de nuestra entrevista, pareciais aceptar por árbitro.

Vuestras primeras palabras, al entrar aquí, han sido:

— «Id á buscar á vuestra madre.»

Si os sentis con valor para renovar vuestro consejo en su presencia, y ella lo aprueba, lo seguiré.

— Ya esperaba encontrar esa resistencia, replicó con cal-

ma, y si no la hubiera encontrado, no seriais la pura y noble criatura que yo amo.

Id á buscar á vuestra madre, Cipriana, y tan cierto es que mi consejo no tiende sino á procurar vuestra salvacion, que delante de ella lo renovaré.

Mi aposento y el de mi mamá están separados por una vasta antecámara. Pero un corredor de servicio, que no sirve sino á nosotras dos, y á Postel también durante el día, establece por detrás una comunicacion directa entre nuestros dos cuartos.

Una luz directa filtraba por debajo de la puerta del corredor y me decidí á llamar y á entrar.

Mamá no estaba todavía acostada, ni aun desnudada. De codos en un escritorio de laca, meditaba profundamente delante de una gran carta abierta ante sus ojos.

Al ruido que hice abriendo la puerta, levantó la cabeza, pero no pareció nada sorprendida de verme levantada á tal hora.

Plegó de nuevo la carta, y guardándola en su corsé:

— ¡Sois vos! dijo.

Despues de un corto silencio, mi madre añadió:

— Os esperaba.

Yo quise responder, balbucear una explicacion que ella no pedia; no me dejé tiempo, y viniendo á mí:

— Tenia mucho miedo, continuó, de no volveros á ver. Jamás podreis figuraros con qué alegría profunda me apercibo de que os habia juzgado bien. Sí, Cipriana, os esperaba... Y sin embargo, si hubiéseis marchado sin consultarme, sin abrazarme, al menos, soy la sola que no habria tenido derecho para condenaros.

La estupefacción me tenia muda. Mamá volvió por un instante á la meditacion de que le habia distraído; luego, tomándome la mano:

— ¿Vos amais... tú amas á M. de la Cruz?

Me ruboricé hasta el blanco de los ojos.

— ¡Ah! tú puedes decirme todo, prosiguió encontrando hasta en medio de sus tristezas una sonrisa para tranquilizarme. — Nada podrias participarme que yo no sepa en parte, — desde esta noche solamente, — y pronto hubiera adivinado lo demas. — Tú le amas, y abandonada por mí y por tu padre, ¡no te has ido!

Me cogió entre sus brazos y me besó en la frente, y yo sentí sus trémulos labios murmurar una palabra:

— ¡Gracias!

Todo eso era por demas extraño; la intervencion de algun ser misterioso y superior en nuestra vida.

— No he marchado, mamá, porque no debía ni queria hacerlo sin haberos consultado previamente. Tal ha sido mi respuesta á los argumentos apremiantes de M. de la Cruz, y en este momento espera la vuestra.

Sin tomar tiempo para escuchar una sola palabra mas, mi madre se lanzó por el corredor. A pesar de toda la velocidad con que procuré seguirla, cuando llegué á la puerta del salon donde habia dejado á don José, ella estaba ya cerca de él, y leia una carta que acababa de entregarle, la misma que habia guardado en el corsé cuando entré en su aposento.